

Pues bien: yo reconozco la *eficacia* de tales remedios; pero tengo otro más sencillo y menos estrepitoso.

Entiendo que el mundo se arregla rezando bien el Padre nuestro.

Pero nota que digo rezándolo *bien*.

Es decir, sabiendo lo que se reza, creyendo lo que se sabe y sintiendo lo que se cree.

En efecto, querido lector; á poco que te fijas en la marcha de la miserable humanidad echarás de ver que cojea de dos pies: del pie de la fe y del de la caridad.

No cree que tiene padre, ni sabe que tiene hermanos.

Aquí tienes condensadas todas sus desdichas.

Abre, si no, los libros de sus filósofos, de sus librepensadores, de sus sabios, y verás que, desbarrando cada cual por su lado, el uno dice que Dios es una *fuerza*, el otro que es una *idea*, el de acá que es una *ley*, el de allá que es *la casualidad*, quién que es el *mismo mundo*, la *naturaleza*, la *materia*, lo *inconsciente*, la *nada*, hasta el *mal*, cualquiera cosa menos decir sencillamente que Dios es nuestro Padre. ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Y como no dicen Padre nuestro, claro está que tampoco pueden decir hermano nuestro; porque el que no cree que tiene padre, mal puede creer que tiene hermanos. De donde resulta que para la humanidad incrédula no hay hermanos, y, por consiguiente, no hay amor.

Y bien: ¿cuándo sin amor pudo haber sociedad? ó mejor dicho, ¿cuándo sin amor pudo haber nada en el mundo, siendo así que el mundo y cuanto en el mundo existe es hijo del amor?

Ciertamente que nunca se ha hablado tanto de *fraternidad* como en estos tiempos; pero es porque nunca se nombran tanto las cosas como cuando hacen falta.

El mundo ha enfermado por falta de amor; y si la sociedad se disolviese y volviera algún día á la barbarie, no habría que buscar en otra parte el motivo de su ruina.

Persuadido el hombre de que no tiene Padre en los cielos, y de que los demás hombres no tienen con él otro vínculo que el que pudieran tener entre sí las piedras salidas de una *misma cantera*,